

análisis de las diferencias aparentes entre prácticas tan cotidianas como departir en lugares públicos dedicados a la sociabilidad.

Sin embargo, insisto en que este libro es un ejemplo muy destacado de una investigación original y muy bien construida, con gran cantidad de fuentes rescatadas de diversos repositorios documentales y con indudables aportes para el análisis de las sociabilidades urbanas. También es un ejemplo de una historia social y urbana cada día más sólida, con interpretaciones novedosas y análisis finos de prácticas tan cotidianas como alzar la copa para brindar, tal como lo enuncia el título de la obra de Diego Pulido.

Mario Barbosa Cruz

*Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa*

ROBERT M. BUFFINGTON, *A Sentimental Education for the Working Man. The Mexico City Penny Press, 1900-1910*, Durham, Londres, Duke University Press, 2015, 294 pp. ISBN 978-0-8223-5882-4

Hasta donde sabemos, *El Semanario Artístico* (1844) fue el primer periódico dirigido a los trabajadores mexicanos. Con un tiraje de 1 500 ejemplares, el órgano de prensa de la Junta de Fomento de Artesanos pretendía capacitar a los trabajadores en los distintos oficios, mejorar su educación, y trataba de reforzar su moralidad inculcándoles los valores del trabajo. Fue en la década de 1870 cuando comenzó a circular la prensa obrera con *El Socialista* (1871-1888), *El Hijo del Trabajo* (1876-1884) y muchos otros, publicaciones encabezadas por artesanos o donde figuraban éstos como redactores —Juan de Mata Rivera, José Muñúzuri, Francisco de Paula González, José María González y González, Juan B.

Marmolejo, entre otros. *El Socialista* tiraba 3 000 ejemplares, parte de los cuales adquiriría el Ministerio de Fomento e Instrucción Pública para distribuirlos gratuitamente entre las sociedades mutualistas de la ciudad capital. Sin abandonar los afanes educativos y moralizantes de *El Semanario Artístico*, la prensa obrera intentó integrar y coordinar a los trabajadores convirtiéndose en un recurso de sus organizaciones; tan es así que en determinados momentos algunos periódicos se hicieron llamar órgano de tal o cual asociación mutualista (*El Socialista*, *La Firmeza*, *El Obrero* y otros más).

El nuevo libro de Robert M. Buffington constituye un eslabón relevante de esta historia de la prensa dirigida a los trabajadores, pero desplaza el foco del análisis de las organizaciones, la acción colectiva y las ideologías hacia los procesos de subjetivación y constitución de identidades en lo que el autor llama, siguiendo el clásico de Flaubert, “educación sentimental”. Con el objeto de hurgar en ésta, Buffington hace una escrupulosa revisión de la prensa de a centavo (*penny press*) de la primera década del siglo xx, volviéndonos familiares los relatos de *La Guacamaya*, *El Colmillo Público*, *El Diablito Bromista*, *Don Cucufate*, *El Chile Piquín*, *El Diablito Rojo*, entre otros.

*A Sentimental Education for the Working Man* nos remite a una prensa medianamente profesionalizada que, a diferencia de la prensa obrera precedente, vive de sus lectores (*La Guacamaya*, por ejemplo, llegó a imprimir 29 000 ejemplares, esto es, diez veces más que *El Socialista*) y por tanto posee cierta independencia dentro de la dictadura porfiriana al no necesitar del subsidio gubernamental —misma que a un costo mucho más elevado para sus editores había ganado la prensa militante con *Regeneración*, que para entonces imprimía 22 000 ejemplares—. Moralizar (*El Semanario Artístico*) y organizar (*El Socialista*, *El Hijo del Trabajo*) pasan a un segundo plano con la emergencia de la prensa de a centavo que, dentro de sus varios objetivos, destaca el de divertir. El lenguaje solemne y acartonado de la prensa obrera cede terreno

al juego de palabras y al albur, aunque éste resulte también impostado, pues no deja de ser la recreación hecha por la élite letrada (gente decente) de lo popular, de lo que han dado cuenta destacadamente *La jaula de la melancolía*, de Roger Bartra, los estudios de Ricardo Pérez Montfort acerca de los estereotipos nacionales y los trabajos de Tiziana Bertaccini sobre el héroe popular.

El registro de lo que el teórico galés de la cultura Raymond Williams conceptualizó como “estructura de sentimiento” Buffington lo realiza en cinco capítulos: los tres primeros dedicados a la formación de lo que podríamos llamar conciencia nacional; los últimos, a la conformación de una cultura misógina y machista en el medio laboral construida alrededor de la figura del “don Juan”. Respecto de aquélla, el autor destaca la reapropiación de las estampas patrióticas de Juárez e Hidalgo, a los que poco después se añadirán los Niños Héroes dentro del imaginario obrero. Esto, aunado a las demandas de ciudadanía política y autogobierno explícitas en los relatos periodísticos, convence a Buffington de que es el liberalismo popular el que las significa.

En realidad ya desde la República Restaurada los héroes de la república poblaban el panteón obrero: en el sepelio del Benemérito, el Gran Círculo de Obreros de México realizó una magna concentración en San Fernando y así, hasta su extinción en 1882, no dejó de conmemorar el hecho luctuoso. Además, la organización obrera recordaba la gesta insurgente y al cura Hidalgo, así como la batalla del 5 de mayo, y aprovechaba la inauguración de algún taller o biblioteca para traer a cuento a los próceres patrios. De hecho, los trabajadores hacían ver a los representantes del poder público el papel que tuvieron en las guerras del siglo XIX y, particularmente, su participación en defensa de la república.

Por otra parte, el tema de la ciudadanía no es exclusivamente liberal; es central en el romanticismo social (Adorno, Pizarro, Altamirano, Inclán), que la considera la herramienta adecuada para dar estabilidad política a la república y estructurar a la sociedad bajo

un régimen asociativo. También es fundamental para el primer socialismo (Considerant, Rhodakanaty), preocupado por crear un pueblo moderno (Considerant) o por establecer una solución de continuidad entre la revolución política y la reforma social (Rhodakanaty). A juicio de este último, la democracia sería insuficiente mientras la mayoría de la población careciera de lo indispensable, razón por la cual la forma cabal de la democracia sería la democracia social tal y como la plantearon las revoluciones de 1848.

Ahora bien, si entendemos la ciudadanía sólo como la participación en lo público, esto es, en la acepción liberal, la apreciación de Buffington es adecuada: sin duda, los trabajadores aspiraban a intervenir en la esfera pública. En este punto, el autor recurre a la caracterización que hizo Ernesto Laclau del populismo, al definirlo como una lógica política que engloba múltiples experiencias históricas bastante disímiles. Mediante las nociones de “cadena equivalencial” y “significante vacío”, el politólogo argentino elucidó la mecánica de acuerdo con la cual las demandas específicas de los actores sociales se articulan en una demanda unitaria, ocupando justamente el espacio del significativo vacío. Esta explicación de la integración del campo popular o de un nosotros forzosamente plural, de acuerdo con *La razón populista*, sirve a Buffington para atisbar el surgimiento de un “nosotros los pelados” como el envés de la sensibilidad burguesa porfiriana, un nosotros en el que coexisten armónicamente el amor a la patria y la misoginia.

No obstante el indiscutible aporte de *A Sentimental Education for the Working Man* al conocimiento tanto de la prensa como de la conformación de la subjetividad trabajadora y de la cultura popular del periodo, contamos con escasos elementos para evaluar el papel que desempeñó la prensa de a centavo en la conformación de la Casa del Obrero Mundial en 1912, en las huelgas de 1915 y en el exponencial crecimiento del asociacionismo trabajador durante la lucha armada, en los cuales se sindicalizaron

algunos oficios marcadamente femeninos como las costureras, y también las y los boneteros. ¿Fue esta prensa, la prensa militante, o ambas, quien activó este proceso? ¿Cooperaban o competían *Regeneración* y *La Guacamaya* en la conformación de la conciencia trabajadora al despuntar el siglo xx? El libro no ofrece indicios al respecto, ni tampoco sobre el horizonte de expectativa de las clases subalternas fraguado en aquellos años convulsos. Probablemente todos los armeros y torneros que se incorporaron a los Batallones Rojos se sentían donjuanes y hablaban en el lenguaje críptico del albur, lo cual nos dice mucho acerca de cómo interactuaban con el sexo femenino o entre ellos, así como de sus apetencias y fantasías, pero acaso nos dice menos sobre su participación en la Revolución.

Carlos Illades

*Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa*

JULIA G. YOUNG, *Mexican Exodus. Emigrants, Exiles, and Refugees of the Cristero War*, Nueva York, Oxford University Press, 2015, 271 pp. ISBN 978-019-020-500-3

El libro de Julia G. Young no deja de aportar riqueza interpretativa y empírica a una historiografía de larga data en torno a la Guerra Cristera, a pesar de la consolidación de algunas obras como clásicas e imposibles de no referenciar sobre este tema.

La razón de esta afirmación se encuentra en el cruzamiento de los fenómenos de migración, identidad religiosa, guerra, nacionalismo y transnacionalización. Principalmente, la primer y última variables marcan la singularidad de la obra frente a un gran recorrido desde los estudios con enfoque político e ideológico hasta aquellos que se centraron en el papel de la mujer durante